fijando su mirada sobre la de Héctor,—¿es que dudais de mí?

—¡Dios me libre de ello! Unicamente queria saber si habíais olvidado alguna cosa.

—Nada. Ya veis que tenia razon.... Nuestro sueño no puede realizarse porque nuestro casamiento es imposible.

—Yo no veo nada de eso—contestó el jóven,—y por el contrario, la situacion me parece la mas sencilla del mundo.

L

—¡La situacion os parecece la mas sencilla del mundo!—repitió Lazarine, fingiendo admirablente una sorpresa que no sentia.

—Ciertamente—contestó Héctor.

—¡Pero entonces no me habeis comprendido!

—Os he comprendido perfectamente. El señor Laugier, á quien un violento amor puede servir de circustancia atenuante, pero no de excusa, os amenaza con provocar y desafiar al que trate de ocupar en vuestro corazon un sitio que quiere para él solo; este proceder no corresponde seguramente á un caballero, aunque

demuestra un hombre enamorado con locura. Pues bien; para salir del atolladero, lo único que hace falta es dar al señor Laugier la leccion que se merece, y si esta le cura para siempre de sus resabios de tirania y pone luto en su familia, será suya la culpa y á mí no me quedará ningun remordimiento.

—¿Pensais en provocarlo?—exclamó la marquesa.

—¡Pues claro está que pienso! Y lo haré lo mas pronto que sea posible.

—¡Un duelo! ¡nunca! Héctor, os prohibo batiros!

—Adorada Lazarine—contestó el jóven sonriendo,—tendré un verdadero pesar en desobedeceros.

—¿Y si yo os suplicase?

—Lo haríais en vano.

—¿Y si os lo pidiera de rodillas?

—Resistiaria á vuestras lágrimas lo mismo que á vuestras súplicas.

—Pero eso sería arriesgar vuestra vida.

—Cien veces mas expuesta la tengo no batiéndome; ¿acaso puedo yo vivir sin vos? ya sabeis que nó.

—Pensad que ese hombre ha sido soldado.

—¿Qué me importa esto?

—Debe conocer á fondo el manejo de las armas.

—Os aseguro que me es igual.

—¿Os habeis batido alguna vez?

—Nó. Ya veis. Ha sido por falta de ocasion; principio quieren las cosas.

—¿Pero sabeis manejar las armas?

—Estudio esgrima hace algun tiempo, y mi profesor está contento de mí. En la pistola estoy bastante fuerte; y ademas, aunque no hubiese cogido nunca el florete ni disparado jamas un tiro, me batiria lo mismo de muy buena gana.

—¿De modo que nada puede haceros variar de resolucion?

—Nada.

—¡Entonces cedo, os admiro y.... os amo! ¡Ah! sois un verdadero príncipe, no solo por vuestro título, sino tambien por vuestro valor; combatid por mí, Héctor mio, y conquistad con la punta de vuestra espada la que vá á ser vuestra esposa.

—¿Y como no he de ser vencedor con semejante recompensa en perspectiva?

—Lo sereis, me lo dice el corazon.

—Acepto el augurio—dijo Héctor sonriéndo.

—¿Pero como vais á provocar á ese hombre?

—De la manera mas natural: me iré derecho á él y le diré: *Sois el señor de Laugier y yo*

soy el príncipe de Castèl-Vivant. La marquesa de la Tour du Roy, á quien amo y que me ha hecho el honor de aceptar mi cariño, se queja de ciertos procedimientos, por los cuales vengo á pediros cuenta; os creeis caballero y habeis sido soldado, con este doble título no querreis recibir un insulto públicamente; arreglemos este asunto como debe hacerse. Nos decimos los nombres de nuestros padrinos y ya está; ¿no es verdad?

—¡Dios mio! ¡no penseis en eso de ninguna manera!—exclamó Lazarine.

—¡Como!—preguntó el jóven muy desconcertado con esta situacion.

—¿Quereis—cotestó la marquesa—comprometer de una manera irreparable á la futura princesa de Castel-Vivant? Mi nombre no debe mezclarse en este asunto, porque, de lo contrario, el mundo, que siempre está ávido de escándalo y que siempre juzga por las apariencias, dirá que semejante duelo ha sido entre dos amantes de la marquesa de la Tour du Roy, quedando deshonrada, cualquiera que fuere su resultado; ¿no comprendeis?

—¡Ah! demasiado que lo comprendo; esto es una desgracia, pero es una desgracia que es inevitable; el señor Laugier y yo somos desconocidos uno de otro; ¿qué pretexto puede hahaber para provocarle sin pronunciar vuestro nombre?

Lazarine se encogió de hombros.

—Vuestra pregunta me suministra la respuesta—contestó la marquesa,—habeis dicho pretexto, y quien dice *pretexto* quiere decir motivo imaginario. ¿Sois tan pobre de imaginacion que no se os ocurra hallar un pretexto para buscar una querella en la cual él sería el primero que estaria engañado? Mientras mas fútil sea este pretexto, será mucho mejor.

Héctor se puso á pensar.

—Seguramente que eso es muy posible—dijo al cabo de rato,—pero no encuentro el motivo de una manera clara.

—Lo encontrareis buscándole con tranquilidad, y quizás la casualidad se encargue de proporcionároslo. Seguid al señor Laugier sus pasos, vivid al lado suyo hasta que él lo note, y no tardará en presentarse esa ocasion; ademas, nada os obliga á obrar con precipitacion.

—Perdonad, querida Lazarine—interrumpió el príncipe,—tengo prisa para concluir con ese caballero que se ha interpuesto como un obstáculo en el camino de nuestra felicidad. Quiero desde mañana hacer lo que habeis dicho, y convertirme en su espía y en su sombra, aunque existe una dificultad que hasta ahora me parece bastante importante.

—¿Cual?

—No he visto nunca al señor Laugier: ¿como voy á esperarle sin conocerle?

Por segunda vez se encogió de hombros Lazarine, pensando interiormente:

—Poco entendimiento tiene este príncipe.

Despues dijo en voz alta:

—El señor Laugier es un jóven delgado y moreno, que tiene un aspecto completamente militar; tiene la cruz de Legion de honor y bigotes finos; vive en la calle de Amsterdan, número 40. En menos de veinticuatro horas, á no ser muy torpe, puede conocerse al hombre que se sabe donde vive.

Marcelo habia dejado el Grand-Hotel hacia algunos dias para instalarse provisionalmente en la calle de Amsterdam.

Convencido como estaba de que mas tarde ó mas temprano se casaria con la jóven viuda, alejaba de sí toda idea que fuera definitiva.

—Obrad, pues, amigo mio—continuó Lazarine.—No os diré *sed valiente*, porque esto no es necesario, pero sí os digo: *sed diestro*, disimulad acordándoos de mi amor y de que no quiero que la mas pequeña duda pueda empañar mi honra; exijo de vos un juramento.

—¿Qué juramento?—preguntó el príncipe.

—Juradme que, cualquier cosa que suceda, no conocerá el señor Laugier el motivo de

vuestro desafío, y que no sabrá tampoco que vos me conoceis.

—Os lo juro.

—¿Por vuestro honor?

—Por mi honor.

—Está bien, ya estoy tranquila; ahora, querido Héctor, es ya muy tarde; dejadme.

—¿Tan pronto? Apenas hace un momento que he llegado.

Lazarine se sonrió enseñándole el reloj.

Este iba á marcar ya las doce.

—Ya veis, cerca de media noche dijo la marquesa,—estamos solos y vos sois un príncipe muy simpático, y por consiguiente bastante peligroso; ¿qué van á pensar los criados? Idos pronto, porque si no me comprometeis.

—¿Por un futuro esposo?

—Un marido futuro compromete lo mismo que otro cualquiera, y yo quiero permanecer inatacable, mas bien por vos que por mí.

—Obedezco; ¿cuando os volveré á ver?

—Aquí todos los dias despues de medio dia, como de costumbre.

—¿Con todo el mundo?—exclamó el jóven.

—Naturalmente; supongo que no pretendereis que tengamos esta entrevista cuotidiana. Paris entero creeria antes de una semana que érais mi amante.

—¿Pero y si tengo alguna cosa que deciros respecto del señor Laugier?

—Me lo indicais con una seña imperceptible, que no pasará desapercibida, y aquella misma noche, á las diez en punto, me esperais en la Avenida Ruysdael, esquina á la calle de Murillo.

—¿Con mi coche?

—Nó, en uno de alquiler; esto es mas modesto y será menos visible que vuestros lujosos trenes; debemos rodearnos del mayor misterio.

—¿Ireis á buscarme?

—Sí.

—¿Y como saldreis de vuestra casa sin llamar la atencion de los criados?

—No os inquieteis por esto.

—Se hará segun lo deseais; adios, adorada marquesa.

—Hasta la vista príncipe.

Héctor estrechó las hermosas manos que le presentaba Lazarine, que con una bondad poco habitual consintió que se la besase prolongadamente, y se dirigió hácia la puerta.

Cuando llegó á ella, se volvió enviando un beso á la marquesa.

—"*Sal vencedor de un combate cuyo premio es Jimena,*"—dijo ésta acompañando la frase que dijeron al Cid con una sonrisa irresistible.

El príncipe salió ébrio y loco de felicidad.

Nuestros lectores habrán ya hecho á Lazarine la justicia de suponer que habia desempeñado su papel mejor que la mas famosa cómica de nuestra época.

Al conducir á Héctor al terreno á que le habia llevado era conseguir mucho, por mas que aún le quedase bastante por hacer.

Obedeciendo las indicaciones de Lazarine iba el príncipe á constituirse en la sombra de Laugier hasta que llegase el momento de realizar el desafío.

La marquesa, por lo tanto, debia interrumpir sus relaciones con el ex-teniente é impedirle que viniese á buscarla, como lo hacia todas las noches, enfrente del número 5 de la Avenida de la Reina Hortensia.

¿Como era posible obtener de Marcelo que renunciase á aquellas citas casi diarias, á que estaba acostumbrado?

La jóven conocia perfectamente el imperio que ejercia sobre el ex-husar para dudar un momento en conseguirlo.

Escribió las siguientes lineas:

"Me habeis prometido y me habeis jurado, amigo mio, no dudar mas de mí y tener en adelante una confianza completa.

"Mi honor está en peligro.... he sido espiado y seguida. ¿Por quién? no lo sé; es un

secreto para mí, aunque desgraciadamente para mí no puedo dudar del hecho. He recibido anoche un anónimo que, aunque parece cariñoso, es pérfido, y en él me dicen que me escapo de mi casa por la puerta falsa que dá al parque de Monceaux, y que voy á buscar á un jóven cuyo nombre parece que se ignora.

"La prudencia mas vulgar, como comprendereis perfectamente, aconseja de una manera imperiosa que interrumpamos por algunos dias nuestras entrevistas, cuyo misterio se ha descubierto, para tenerlas mas adelante en un sitio distinto y tomando nuevas precauciones.

"Mi sentimiento no es menor que el vuestro al verme en la penosa necesidad de tomar una medida que no dudo os ha de producir honda pena; pero la necesidad se impone y no se discute. Una sola cosa me consuela: el tiempo de nuestra separacion será muy corto, y yo os juro que haré todo cuanto pueda por que sea menor.

"Vuestra paciencia y vuestro valor serán las mejores y mas elocuentes pruebas que podeis darme de vuestro cariño.

"El espía debe estar dentro de casa, y ya supongo, aunque de una manera vaga, que es una de mis doncellas. Haré inmediatamente por desvanecer mis dudas, y una vez adquirida la certeza, obraré echando á la calle una criada

demasiado curiosa ó comprando su discrecion. En ambos casos no tendremos ya nada que temer.

"Escribidme todos los dias, y yo por mi parte haré lo mismo: no dudeis de mí, que yo no dudo de vos... y confiad en mí de la misma manera que yo confío en vos... Amadme, por último, como yo os amo."

Lazarine puso esta carta en un sobre y no la firmó (costumbre que tenia siempre que escribia alguna carta que pudiera comprometerla), recibiéndola Marcelo al dia siguiente por la mañana temprano.

LI

El primer movimiento de Marcelo despues de leer la carta que acabamos de reproducir en el capítulo anterior, fué de desconfianza y de cólera.

—Me quiere alejar nuevamente—murmuró estrujando entre sus manos el papel,—es señal

de que me prepara una nueva traicion; pero no seré su juguete.... vigilaré.... y desgraciado del que venga á ponerse entre ella y yo.

Leyó por segunda vez aquel astuto billete, que le hizo reflexionar, devolviéndole su sangre fria.

—No tengo razon—dijo para sí,—lo que ella me dice puede y debe ser verdad. Muchas veces le he dicho que aquellas misteriosas salidas habian de excitar la curiosidad de sus criados; ese espionaje de que me habla debe ser verdadero.... parece sincera al expresar su sentimiento.... ¿por qué acusarla siempre sin motivo? ¿por qué hacer suposiciones desagradables que me proporcionan inútil sufrimientos? Si mis suposiciones son injustas, herirán su altivez natural, irritando su alma orgullosa... he prometido una confianza sin límites y una fé ciega, y con seguridad no me perdonaria el haber olvidado mi promesa; y ademas, es un papel desairado el de un amante celoso acechando por las esquinas lo mismo que un marido engañado: mas vale creer y esperar un poco. Quiero tener calma y cerrar mi alma á la duda; si me engaño y soy su juguete, lo veré muy pronto y podré entoncer obrar desligado de mi juramento.

Y un poco mas tranquilo—como siempre que se toma una resolucion—Marcelo se vistió rá-